EL REGALO DE NAVIDAD

Ramsey Campbell



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

(Una versión ligeramente diferente de este cuento fue transmitida por BBC Radio Merseyside el 24 de diciembre de 1969, producida por Tony Wolfe, leída por Gavin Richards, con música electrónica compuesta especialmente por Donald Henshilwood y, por estas razones, el cuento está dedicado a ellos.)

Apenas se nota la Navidad en Liverpool 8, excepto porque hay más fiestas. En Nochebuena, me dirigí temprano a la taberna; mientras me apresuraba por Gambier Terrace, busqué a las personas en camino a fiestas, pero la mayor parte de los cuartos de estudiantes y escritores de versos efímeros estaban a oscuras; las ventanas traqueteaban con el viento que llegaba desde el río alrededor de la torre de la catedral anglicana y a través del camposanto enlodado, recién limpiado de tumbas. Aun así, para las diez de la noche se estaban amontonando botellas de California Chablis en las mesas de la taberna "Las Uvas"; en mi mesa se habían juntado tres y media botellas del Riesling anónimo. Yo no conocía a la gente más que por sus nombres: sólo Bill, Les, Desmond y Jill que acababa de regresar de Londres para Navidad y cuya mano yo tenía en la mía. No pude identificar al estudiante mudo al otro lado de Jill; escuché su nombre y lo olvidé entre los vasos sucios. Era una de esas personas que se conocen en la sección de neuróticos de la taberna de O'Connor, o discutiendo con los marxistas en el Phil, un rostro que todos conocen y nadie puede nombrar, y yo no sabía qué hacer con él.

No objetamos cuando se unió a nosotros, al ser empujado muy sonriente contra nuestra mesa por la ensordecedora aglomeración de gente. Llevaba una bufanda que caía de su cabeza como correa roja para el mentón; sin embargo, no mostró inclinación alguna a proporcionar una sola botella. No me atreví a decirle. "Mira, ya somos bastantes aquí"; era Navidad. Quizá, si esperábamos, se iría. Pero en las otras mesas los grupos se asían a las botellas como si fueran bastones de mando y se levantaban. Afuera, las primeras patrullas policiacas ululaban en camino a las calles de Upper Parliament y Lime. "Mejor nos vamos", dije y me levanté con Jill, seguido por los demás.

Por fin habló el estudiante. Sacudido, me di cuenta de que no había escuchado su voz, agresiva bajo el deprecativo gimoteo sureño.

-Tengo un regalo aquí para alguien -indicó, dirigiéndose a sus manos, ocultas debajo de la mesa-... Quería estar seguro de que sería apreciado. ¿Te lo doy? -me preguntó.

-¿Debo entender que me has estado observando para estar seguro?

-Fue un bonito pensamiento -señaló Jill, apretándome la mano mientras estudiaba mi rostro-. ¿No es cierto?

Yo sabía que ella necesitaba creer en el espíritu navideño.

-Bueno, eres muy amable -agradecí al estudiante-. Vamos a ir todos a mi departamento para celebrar una fiesta... si tienes tiempo...

-Maravilloso -repuso él tendiendo la mano y me pasó una cajita envuelta en papel negro, bien sellada con papel engomado-. Me gustaría estar presente cuando lo abras -me dijo.

Nos abrimos paso a través de las mesas llenas y en medio de discusiones en torno al arte cinematográfico y salimos a la Calle Catherine. Separados por sombras de ramas duras y puntiagudas, llegamos a la terraza de Gambier, pero Diana y Beatriz habían salido, porque su planta de cactus arañaba una ventana oscura. Por un momento me pareció escuchar a los niños cantores de hojalata entonando villancicos en el árbol afuera del Cine Jacey, pero al desvanecerse, apagados por el aire, decidí que provenían de un radio. Jill se asomaba por los matorrales del otro lado de la catedral; más allá brillaba el Mersey y en Birkenhead los esqueletos de las grúas, parecidos a dinosaurios, habían bajado al agua para beber en la oscuridad. Sentí mi mano congelada deteniendo la caja de cartón. Guardé la mano de Jill en mi bolsa y nos dirigimos a la calle Canning.

Al hacerlo, escuché al estudiante que decía:

-Mira el rostro en aquella catedral.

Miramos. El agudo viento de la noche se me metió al contemplar la imagen: los picos de las torres se elevaban triunfantes y burlones, las ventanas largas eran como ojos jalados hacia abajo, como hendiduras, expresando una maldad estática.

-Me gustaría que tuviera boca. Al menos sabríamos qué está pensando -comenté.

-Parece como si se estuviera abriendo paso desde los camposantos - señaló Jill e inmediatamente añadió-. No permitas que diga esas cosas.

-No te preocupes -le contesté-. Ya no hay camposanto.

-Gracias por intentarlo -repuso Jill-. He estado mirando fijamente hacia el camposanto. Si tú me hubieras dejado aún estaría allí. ¿Por qué hay tanta gente? ¿Y por qué tienen que iluminarlo en la noche?

-Vamos, Jill. Tu estado de ánimo no es propio para una fiesta -protesté, conduciéndola de regreso a la esquina de la Calle Hope, mientras los demás formaron una fila para seguirnos-. Ya limpiaron el camposanto por completo. Te lo mostraré.

-¡No, John! ¡Por favor no lo hagas! -gritó Jill.

-Mira, no la obligues -intervino el estudiante-. Aunque él tiene razón, ¿sabes? Ya no hay camposanto.

Jill nos llevó otra vez camino a mi departamento. Con la cabeza, le di las gracias al estudiante.

-Oye, ¿cómo te llamas? -le pregunté.

-Después te digo -prometió.

-¿Cuando decidas integrarte a nosotros? -pregunté.

-Pues, si así lo consideras...

-¡Santo Dios! -exclamé, un poco borracho, pero Jill me tomó del brazo.

-¡Mira! -me indicó-. Alguien nos sigue.

-¿Quién?

-La oscuridad.

Me persuadí de relajarme. Volteé y vi que la luz al final de la Calle Canning estaba apagada. Detrás de nosotros la procesión nos seguía trabajosamente. Una figura oscura, probablemente Bill, me saludó con una botella. Brevemente pensé: estoy seguro de que sólo éramos ocho en la taberna. ¿Cuántos somos ahora? Pero mientras se fueron acercando uno a uno a la orilla de la luz, me di cuenta de que no éramos más de ocho, ciertamente, no las varias docenas de figuras oscuras que pensé que había visto por un momento.

Cuando se apagó la segunda luz, le indiqué a Jill:

-En esta estación de luz eléctrica alguien está borracho.

-¿Acaso pueden apagar las luces individualmente? -murmuró ella.

-Por supuesto -contesté, permitiendo que ella se aferrara a mí mientras seguíamos nuestro camino.

La tercera luz desapareció casi antes de que llegáramos a ella, transformada en una menguante imagen de luminosidad que se alejaba, como la esperanza. Atrás de nosotros, los demás gritaban diversos comentarios. No había un solo auto en la Calle Canning, salvo algunos armazones a la orilla de la acera y aún debíamos pasar por dos luces. Jill casi iba corriendo para llegar a la luz antes de que se apagara. Apreté mi regalo y corrí con ella. A su lado iba el estudiante. Su rostro sugería una expresión que no pude interpretar; parecía que se identificaba con un puño de oscuridad asido a su cara. Todos íbamos corriendo. El rostro del estudiante reapareció sin expresión alguna y por fin llegamos a mi departamento. Los otros, no sé cuántos, llegaron jadeando. En la escalera me detuve y miré hacia las falsas fachadas estilo regencia; seguramente algunas casas habían estado iluminadas cuando pasamos. Pero un autobús con gente cantando de una manera incoherente nos pasó por la Calle Catherine; metí la llave al cerrojo y entramos.

Jill y yo nos precipitamos directamente a la fiesta y llenamos los vasos donde yo los había dejado preparados sobre la repisa de la chimenea. Recogí mi manuscrito que dejé abandonado en la tarde y lo metí en mi alcoba, debajo de los abrigos. Abrí las cortinas para atraer a aquellos que aún pudieran andar vagando por allí con botellas, encendí la chimenea y abrí la ventana. Un disco cayó sobre el tornamesa y quedó atrapado por la aguja. Una botella

se agotó; la conversación se mezcló; brotó la risa. Alguien bailó; una esquina de mi cartel de los Beatles cayó roto de la pared, pero desde un mes antes yo tenía la intención de tirarlo, así que no me quejé. Jill y yo nos apoyamos en la repisa de la chimenea y bebimos lentamente. Jill vio al estudiante antes que yo, parado frente a la ventana abierta, mirando la calle oscura hacia la catedral. Cuando el siguiente disco estaba listo para tocarse, Jill gritó:

-¡Escuchen todos! John recibió un regalo.

-Pues ábrelo -gritó Bill a su vez.

Tomé la caja sellada de la repisa de la chimenea, donde se encontraba entre los vasos, pero el estudiante volteó.

-No, todavía no -indicó-; espera hasta medianoche.

-¿Por qué hasta medianoche? -preguntó Bill.

-Es día de Navidad.

-Bueno, tienes razón -aceptó Bill-. Es la tradición.

-Tradición -siseó Jill. Sentí que se ponía tensa.

-Vamos Jill, siéntate amor -dije.

Pero Bill preguntó: -¿Qué tiene de malo la tradición?

-La tradición no -contestó Jill desde el sofá-. Los mitos. ¿Cómo es posible que todos nos detengamos un par de días y nos dejemos engañar con el mito de la fraternidad y la camaradería humana cuando se está matando a mucha gente en Vietnam?

-Vamos -repuso Bill, ofreciéndole una botella-. Olvídate de eso ahora. Es Navidad.

-¿También en Vietnam?

-Los mitos no se pueden pasar por alto -interrumpió el estudiante-. Una guerra es un choque entre un mito y su antítesis.

-No seas pretensioso, -replicó Jill.

-Está bien, sigue en tu nivel de sociedad de debates, pero espérate y verás. Te demostraré que los mitos son peligrosos.

Jill retrocedió. Los bailarines que se habían detenido lucían inquietos.

-Esa es una tremenda generalización -intervine-. ¿Qué tan peligrosos?

-Lo único que necesita una creencia es una multitud de gente para darle forma -contestó él-. Mira, compañero, no hay nada más espantoso que la gente reunida alrededor de una creencia. Y te diré por qué. Porque si una creencia existe, debe tener su antítesis. Ésta también existe, pero ellos tratan de no hacerle caso. Por eso es peligrosa la gente en grupo.

No pude resistir la tentación de decirle:

-En ese caso, me sorprende que estés aquí.

-Bueno -contestó él-, ahora me siento seguro.

Creo que ninguno de nosotros entendió nada de esto. El segundo disco había caído sin que nadie lo escuchara, pero la aguja sobre el tercero nos estimuló; todos bailamos con frenesí. Alguien trató de hacer que el estudiante se incorporara al baile, pero él se libró de la muchacha y regresó a la ventana. Mientras yo bailaba con Jill lo vi empujando la ventana para subirla y salir al balcón. Su cabello volaba en la oscuridad. El disco siguió girando hasta llegar a su culminación y se detuvo. En el silencio suspendido, todos escuchamos la campana.

Al menos, no pudimos imaginar qué otra cosa podía ser.

-Es la catedral. ¿Qué pasa? -exigió Bill, ya que la campana sonaba ahogada, sus notas eran estrepitosas y luego se ahogaban y desaparecían con unos gritos. Volvía a sonar la campana de una manera insoportablemente fuerte y luego se apagaba, quedaba ahogada como en lodo, sin tono. Todos miramos fijamente la espalda resuelta del estudiante, pero él nunca volteó.

-Debe ser la electricidad, como sucedió con la luz -sugirió Bill, quien estaba a punto de retirarse cuando comenzaron las voces.

-Son cantantes de villancicos -gritó feliz.

Sí, pensamos, deben ser cantantes de villancicos. No puede ser otra cosa. Pero parecía que eran muchísimos los que llegaban de la catedral, un coro completo. No reconocí la música y me di cuenta de que todos estaban perplejos, ya que la melodía parecía conocida y de pronto se apartaba del tono, chillando y gruñendo hasta llegar a extremos imposibles; eran notas que saltaban como sapos y luego caían muertas. Las voces se retorcían entre los tonos sofocados de la campana, voces delgadas y frías como el viento, gruesas y negras como la tierra mojada y se acercaban a nosotros por la Calle Canning.

-¿Qué cantan? -preguntó Bill con impaciencia.

-¿Acaso importa? -murmuró Jill.

Empujé al estudiante y me agarré del hierro frío del balcón. Pero la Calle Canning era un abismo de oscuridad que conducía a la poderosa forma encornada de la catedral. No vi nada, sólo escuché las voces emitiendo una contorsionada masa de sonido hacia el cielo y a la tierra y me pregunté si estarían moviéndose al ritmo de la música. Sólo pude imaginar sus rostros mirándome mientras cantaban y tocaban en la puerta abajo de mis pies.

Cuando volví a meter la cabeza por la ventana, era demasiado tarde.

-Iré a darles algo -anunció Bill-. Después de todo, es Navidad... - y se fue.

Nadie más se movió. Quizá tuvieron razón; tal vez Bill la tuvo. La campana continuó reverberando por el cielo. Me asomé por la tela de alambre del balcón. Antes de que pudiera distinguir algo en la oscuridad, oí que se abría la puerta de la calle. Escuché varios minutos, esperando oír algo más que la campana y aquellas voces insistentes. Pero no hubo nada, salvo una decidida conversación en el cuarto a mi espalda, hasta que Jill me tomó del brazo a través de la ventana y me murmuró con urgencia:

-John, han entrado a la casa. Están subiendo...

Me empujé por la ventana y caí en el cuarto. Oí las voces en el primer descanso, subiendo por la escalera de una manera letárgica, como un gigantesco gusano.

-¿Dónde está Bill?

-No lo sé.

-¡Pronto! -grité. Las voces hacían explosión ya arriba de la escalera-. Todos, hagamos una colecta. Dales dinero, Jill. Tú recoge la mitad.

Pero ella miraba horrorizada por la ventana. Giré. En el balcón, el estudiante se inclinaba, extático, contra la explosión de sonido. Jill estaba de pie; un grito bloqueaba su boca; su rostro estaba palidísimo y arrugado como una manzana. Las voces se amontonaron hacia la puerta del departamento.

-No les ofrezcas dinero -balbuceó Jill-. Dales ese regalo.

Arremetí contra la repisa de la chimenea, haciendo a un lado a los cuerpos. Todos parecían decididos a pasar por alto lo que estaba ocurriendo, dejándome a mí la decisión; avancé con diñcultad a través de conversaciones embrolladas y grupos de rostros que parecían burbujas. Estiré el brazo y tomé la caja de cartón, pero el estudiante me detuvo el brazo.

-¡No lo toques, necio! -gritó-. ¡Ahora no!

Las voces estaban en la puerta, rugiendo una sola nota o un millón, era un sonido que pudo haber surgido de gargantas, pero pudo haber salido de un túnel. Luché con él.

-Espera un momento más -me rogó-. Sólo para ver.

Jill gritó, me arrebató la caja de cartón y la lanzó al fuego.

Por un momento las llamas se ahogaron, lucharon, quedaron indefensas. La campana sonó como toneladas de hierro ahogado; las voces chillaron, triunfantes. Luego, saltaron las flamas, llenaron las esquinas de la caja y momentos después, se infló como madera podrida y cayó, hecha cenizas sin forma. La campana tañó y luego quedó silenciosa; una corriente de aire silbó donde antes habían estado las voces.

Esperamos hasta que Bill tocó a la puerta.

-¿A qué diablos bajé? -preguntó.

-¡Tú y tus mitos! -gritó Jill al estudiante-. ¡Maldito seas!

Yo me controlé.

-Sólo quiero saber una cosa -le dije-. ¿Qué pusiste en esa caja?

-Creo que puedes comprender que eso no importa -contestó el estudiante-. Sólo fue algo para darle forma a una creencia, eso es todo. En realidad, era un regalo antinavideño. La antítesis de un regalo de Navidad. Un experimento, compañero, tú entiendes. ¿O quieres saber del contenido real de la caja?

-No necesitamos saberlo -repliqué-. De hecho, me parece que Jill prefiere no saberlo. -Le di un solo golpe, pero cayó.

-Oye, espérate -protestó Bill. Los demás se hicieron los disimulados; ya lo esperaba. Sin embargo, Jill me agarró de los hombros y gritó:

-¡Revívelo! ¡Revívelo, por el amor de Dios! ¿Cómo podemos saber dónde estuvo antes de llegar con nosotros? ¿Cómo saber si no le dio a otra persona un regalo?

Y, ahora, no podemos revivirlo...